





DESAPARECIDA



Harlan Coben

DESAPARECIDA

Traducción de Alberto Coscarelli





Título original: *Long Lost*

© Harlan Coben, 2009  
© de la traducción: Alberto Coscarelli, 2010  
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2010  
Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona  
rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2010

Reservados todos los derechos.  
Ninguna parte de esta publicación  
puede ser reproducida, almacenada  
o transmitida por ningún medio  
sin permiso del editor.

Ref.: OAFI395/ ISBN: 978-84-9867-705-8  
Composición: Víctor Igual, S.L.  
Impreso por  
Depósito legal: B.



*Para Sandra Whitaker,  
la tía más guay del mundo entero.*



PRIMERA PARTE



«Aguanta.  
Esto te dolerá como nunca te ha dolido.»

WILLIAM FITZSIMMONS, *I Don't Feel It Anymore*





*«Tú no conoces su secreto», me dijo Win.*

*«¿Debería?»*

*Win se encogió de hombros.*

*«¿Es malo?», pregunté.*

*«Mucho», respondió Win.*

*«Entonces quizás no quiera saberlo.»*

⊕ Dos días antes de conocer el secreto que ella había guardado durante una década —en apariencia el íntimo secreto que no solo nos devastaría a los dos sino que cambiaría el mundo para siempre—, Terese Collins me llamó a las cinco de la mañana para sacarme de un sueño casi erótico y meterme en otro. Solo dijo: «Ven a París».

No había oído su voz en... ¿cuánto?, quizás siete años, y se oía el crepitar de la estática en la línea. Ella no se preocupó por cosas como el hola o cualquier preámbulo. Me desperté del todo y pregunté:

—¿Terese? ¿Dónde estás?

—En un precioso hotel en la margen izquierda llamado D'Aubusson. Te encantará. Hay un vuelo de Air France que sale esta noche a las siete.

Me senté. Terese Collins. Las imágenes sacudieron mi mente: un biquini de infarto, aquella isla privada, la playa abrasada por el sol, una mirada que derretía el acero, un biquini de infarto.

Vale la pena mencionar dos veces el biquini.

—No puedo.





—París.

—Lo sé.

Casi una década atrás nos fugamos a una isla como dos almas perdidas. Creí que nunca más nos volveríamos a ver, pero lo hicimos. Unos pocos años más tarde me ayudó a salvar la vida de mi hijo. Después, puf, desapareció sin dejar rastro... hasta ahora.

—Piénsalo —añadió ella—. La Ciudad de la Luz. Podríamos amarnos toda la noche.

Conseguí tragar.

—Sí, claro, pero, ¿qué haremos durante el día?

—Si no recuerdo mal es probable que necesites descansar.

—Además de vitamina E —señalé, sin poder evitar la sonrisa—.

No puedo, Terese. Tengo una relación.

—¿Con la viuda del 11-S?

Me pregunté cómo lo sabía.

—Sí.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—Perdona, pero creo que sí.

—¿Estás enamorado? —preguntó.

—¿Importaría si dijese que sí?

—No.

Cambié de tema.

—¿Qué pasa, Terese?

—No pasa nada. Quiero pasar contigo un fin de semana romántico, sensual, lleno de fantasías en París.

Otro trago.

—No he sabido nada de ti en... ¿siete años?

—Casi ocho.

—Te llamé —dije—. Muchas veces.

—Lo sé.

—Te dejé mensajes. Te escribí. Intenté encontrarte.

—Lo sé —repitió.

Siguió un silencio. No me gusta el silencio.



—¿Terese?  
—Cuando necesitaste de mí, cuando me necesitaste de verdad, estuve allí, ¿no?  
—Sí.  
—Ven a París, Myron.  
—¿Así de sencillo?  
—Sí.  
—¿Dónde has estado todos estos años?  
—Te lo contaré todo cuando estés aquí.  
—No puedo. Tengo una relación con una persona. De nuevo aquel maldito silencio.  
—¿Terese?  
—¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

Sucedió después del mayor desastre de mi vida. Supongo que lo mismo le pasó a ella. Unos amigos bienintencionados nos habían «obligado» a asistir a una gala benéfica, y tan pronto como nos vimos el uno al otro fue como si nuestras respectivas miserias se convirtiesen en imanes. No creo mucho que los ojos sean el espejo del alma. He conocido demasiados pirados capaces de convencerte de esa seudociencia. Pero la tristeza era tan obvia en los ojos de Terese... En realidad emanaba de todo su ser, y aquella noche, con mi propia vida en ruinas, era lo que necesitaba.

Terese tenía un amigo propietario de una pequeña isla caribeña cerca de Aruba. Nos largamos allí aquella misma noche sin decirle nada a nadie. Acabamos pasando allí tres semanas, amándonos casi sin hablar, desapareciendo y desgarrándonos el uno al otro, porque no había mucho más que hacer.

—Por supuesto que lo recuerdo.  
—Ambos estábamos destrozados. Nunca hablamos de eso. Pero los dos lo sabíamos.  
—Sí.  
—Fuiste capaz de superar aquello que te destrozó. Es natural. Nos recuperamos. Nos destruyen y luego nos recuperamos.

—¿Y tú?  
—No pude recuperarme. Ni siquiera creo que lo desease. Estaba destrozada y quizás fue mejor mantenerme así.  
—No sé si te sigo.  
En ese momento su voz era suave.  
—No creí, no, bórralo, sigo sin creer que me gustase ver cómo sería mi mundo reconstruido. No creo que me gustase mucho el resultado.  
—¿Terese?  
No respondió.  
—Quiero ayudar.  
—Quizás no puedas —contestó—. Quizás no tenga sentido.  
Más silencio.  
—Olvida que he llamado, Myron. Cuídate.  
Luego desapareció.



—Ah —exclamó Win—, la deliciosa Terese Collins. Un culo de primera clase, algo sensacional.

Estábamos sentados en las destartaladas gradas plegables del gimnasio del Kasselton High School. Los habituales olores a sudor y jabón industrial llenaban el aire. Todos los sonidos, como en todos los gimnasios similares de este vasto continente, llegaban distorsionados, y los extraños ecos formaban el equivalente auditivo de una cortina de baño.

Me encantan los gimnasios como éste. Crecí en ellos. Pasé muchos de mis momentos más felices en idénticos recintos mal ventilados con una pelota de baloncesto en la mano. Me encanta el sonido del driblaje. Me encanta la pátina de sudor que comienza a aparecer en los rostros durante los calentamientos. Me encanta la sensación del cuero granulado en las yemas; ese momento de pureza neorreligiosa cuando te centras en el borde del aro, lanzas la pelota, encestras y no hay nada más en el mundo.

—Me alegra que la recuerdes.

—Un culo de primera clase, algo sensacional.

—Sí, ya te oí la primera vez.

Win había sido mi compañero de habitación en el colegio universitario Duke. Ahora era mi socio y, junto con Esperanza Díaz, mi mejor amigo. Su verdadero nombre era Windsor Horne Lockwood III, y le sentaba bien: rizos dorados separados por una raya trazada con un tiralíneas; tez rubicunda; un rostro patricio; bronceado de golfista;

ojos azul hielo. Vestía unos carísimos pantalones de color caqui con una raya que rivalizaba con la del pelo, una americana azul Lily Pulitzer con el forro rosa y verde y un pañuelo en el bolsillo abullonado como la flor lanzaagua de un payaso.

Una vestimenta decadente.

—Cuando Terese estaba en la tele —continuó Win con su estirado acento de instituto privado con el tono de alguien que le explica algo obvio a un niño un tanto retrasado—, no podías apreciar la calidad. Estaba sentada detrás de la mesa de los presentadores.

—Ajá.

—Pero cuando la vi con aquel bikini —para aquellos que llevan la cuenta, el mismo que mencioné antes, el de infarto—, bueno, es un activo estupendo. Un desperdicio en una presentadora. Es una tragedia cuando lo piensas.

—Como el *Hindenburg* —señalé.

—Una referencia hilarante —aprobó Win—, y, oh, tan oportuna.

La expresión de Win siempre es altiva. Las personas miran a Win y ven a un elitista, un esnob, alguien con dinero de toda la vida. En su mayor parte, están en lo cierto. Pero hay una parte en la que se equivocan... y esa parte puede hacer que un hombre sufra graves daños.

—Continúa —dijo Win—. Acaba la historia.

—Ya está.

Win frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿cuándo te marchas a París?

—No voy.

Había comenzado el segundo cuarto en la cancha. Era un partido de baloncesto de los chicos de quinto grado. Mi novia —el término parece un tanto pobre, pero no estoy seguro de si «amiga con derecho a roce», «persona importante» o «compañera» podría aplicarse—, Ali Wilder, tiene dos hijos, y el menor juega en este equipo. Se llama Jack y no es muy bueno. Lo digo no por juzgar o predecir futuros éxitos —Michael Jordan no empezó a jugar en el equipo del instituto hasta cursar tercero—, sino como una mera observación. Jack es grande para

su edad, alto y pesado, lo que a menudo conlleva una falta de velocidad y coordinación. Hay algo como de trotón en su manera de correr.

Pero a Jack le encantaba el juego, y eso lo era todo para mí. Era un chico dulce, encerrado en su mundo pero de una manera positiva, y necesitado, como corresponde a un niño que pierde a su padre de una forma tan trágica y prematura.

Ali no podía venir hasta la media parte y yo, al chico, le apoyaba.

Win continuaba con el entrecejo fruncido.

—A ver si lo entiendo. ¿Has rechazado pasar un fin de semana con la adorable señora Collins y su culo de primera clase en un hotelito de París?

Siempre era un error hablar de relaciones con Win.

—Así es —respondí.

—¿Por qué? —Win se volvió para mirarme. Parecía perplejo de verdad. Entonces su rostro se relajó—. Ah, espera.

—¿Qué?

—Ha engordado, ¿no?

Win.

—No tengo ni idea.

—¿Entonces?

—Ya sabes, estoy comprometido, ¿lo recuerdas?

Win me miró como si estuviese defecando en la cancha.

—¿Qué? —pregunté.

Se echó hacia atrás en el asiento.

—Eres una maricona como una casa.

Sonó la bocina. Jack se puso las gafas protectoras y fue hacia la mesa de los árbitros con aquella maravillosa media sonrisa tontorrona. Los chicos de quinto grado de Livingston jugaban contra sus archirrival de Kasselton. Intenté no sonreír con suficiencia ante el entusiasmo, no tanto de los chicos, sino de los padres en las gradas. No quiero generalizar, pero las madres se dividen en dos grupos: las charlatanas, que aprovechan la ocasión para socializar, y las sufridoras, las que viven y mueren cada vez que sus retoños tocan la pelota.



Los padres a menudo son más problemáticos. Algunos consiguen mantener la ansiedad más o menos controlada, reniegan por lo bajo, se muerden las uñas. Otros gritan a voz en cuello. Se meten con los árbitros, los entrenadores y los chicos.

Un padre, sentado dos filas delante de nosotros, tenía lo que Win y yo llamábamos el «síndrome de Tourette del espectador», y se pasaba todo el partido metiéndose a gritos con todos los que tenía a su alrededor.

Mi perspectiva en este campo es mucho más clara que en la de la mayoría. He sido agraciado con el don del atleta natural. Fue una sorpresa para toda mi familia desde el gran triunfo atlético conseguido por un Bolitar mucho antes de que yo apareciese, cuando mi tío Saúl ganó un torneo de tejos en un crucero de la *Princess* en 1974. Acabé el bachillerato en el Livingston High School como jugador del año. Fui el base estrella de Duke, donde dirigí al equipo en dos temporadas del campeonato de la NCAA. Los Boston Celtics me seleccionaron en primera ronda.

Entonces, pataplum, a tomar viento.

—Cambio —gritó alguien.

Jack se acomodó las gafas y corrió a la cancha.

El entrenador del equipo rival señaló a Jack y gritó:

—¡Tú, Connor! Te toca el nuevo. Es grande y lento. A ver si lo mueves un poco.

El padre con el síndrome de Tourette gimió:

—Es un partido muy igualado. ¿Por qué lo hacen entrar ahora?

¿Grande y lento? ¿Había oído bien?

Miré al entrenador del Kasselton. Llevaba el pelo con reflejos, peinado con gomina como un puercoespín, y una perilla negra recortada que le daba el aspecto del envejecido bajista de una banda de música. Era alto; yo mido un metro noventa y dos y ese tipo me sacaba cinco centímetros, además de, calculé, unos diez o quince kilos.

—¿Es grande y lento? —le repetí a Win—. ¿Te puedes creer que el entrenador acabe de gritar eso?





Win se encogió de hombros.

Yo también lo intenté. El calor del juego. Déjalo correr.

El marcador estaba empatado a veinticuatro cuando ocurrió el desastre. Fue inmediatamente después de un tiempo muerto y al equipo de Jack le tocaba subir la pelota hacia la canasta del equipo rival. Kasselton decidió hacer presión por sorpresa. Jack estaba solo. Le pasaron la pelota, pero por un momento, con la presión encima, no supo qué hacer. Ocorre.

Buscó ayuda. Se volvió hacia el banco del Kasselton, el más cercano a él, y el gran entrenador del pelo puntiagudo gritó:

—¡Lanza! ¡Lanza! —Y señaló la canasta.

La canasta errónea.

—¡Lanza! —gritó de nuevo el entrenador.

Jack, a quien por naturaleza le gusta complacer y confía en los adultos, le obedeció.

La pelota entró. En la canasta equivocada. Dos puntos para Kasselton.

Los padres de Kasselton estallaron en vivas e incluso risas. Los padres de Livingston alzaron las manos al aire y gimieron por el error del chico de quinto grado. Entonces el entrenador del Kasselton, el tipo del pelo puntiagudo y la perilla de bajista, chocó palmas con el segundo entrenador, señaló a Jack, y le gritó:

—¡Eh, chico, hazlo de nuevo!

Posiblemente Jack era el chico más alto de la cancha, pero en ese momento parecía como si intentase con todas sus fuerzas ser lo más pequeño posible. La media sonrisa tontorróna desapareció. Le temblaban los labios. Parpadeaba. Todas las partes del chico se encogían y también mi corazón.

Un padre del Kasselton no dejaba de gritar. Se rió, se llevó las manos a la boca como si fuese un megáfono de carne y gritó:

—¡Pásasela al chico del otro equipo! ¡Es nuestro mejor jugador!

Win le tocó el hombro.

—Vas a callarte ahora mismo.



El padre se volvió hacia Win, y vio la vestimenta decadente, el pelo rubio y las facciones de porcelana. Estaba a punto de burlarse y soltar una réplica, pero algo —probablemente el instinto de supervivencia básico y un cerebro de reptil— hizo que se lo pensara mejor. Sus ojos se cruzaron con los azul hielo de Win y luego los bajó.

—Sí, lo siento, eso estaba demás —se disculpó.

Yo apenas lo oí. No podía moverme. Permanecí sentado en la grada y miraba al ufano entrenador de los pelos puntiagudos. Sentía latir la sangre.

Sonó la bocina; final de la media parte. El entrenador, que no salía de su asombro, continuaba riéndose y sacudiendo la cabeza. Uno de sus ayudantes se acercó para estrecharle la mano. También lo hicieron algunos padres y espectadores.

—Tengo que irme —dijo Win.

No respondí.

—¿Debería quedarme? ¿Por si acaso?

—No.

Win hizo un gesto y se marchó. Yo seguía mirando al entrenador del Kasselton. Me levanté y comencé a bajar las desvencijadas gradas. Mis pisadas sonaban como truenos. El entrenador caminó hacia la puerta. Lo seguí. Entró en los lavabos sonriendo como el idiota que sin duda era. Lo esperé junto a la puerta.

Cuando salió, le dije:

—Un tipo con clase.

Llevaba las palabras «Entrenador Bobby» bordadas en la camisa. Se detuvo y me miró.

—¿Perdón?

—Animar a un chico de diez años a que lance a la canasta equivocada —dije—. Y después aquella divertida frase de «Eh, chico, hazlo otra vez» ayudó a humillarlo. Es un tipo con mucha clase, entrenador Bobby.

El entrenador entrecerró los ojos. De cerca era grande, ancho y

tenía los brazos gruesos, los nudillos grandes y una frente de Neandertal. Conocía el tipo. Todos lo conocen.

—Parte del juego, amigo.

—¿Burlarse de un chico de diez años es parte del juego?

—Meterse en su mente. Forzar a tu oponente a cometer un error.

No dije nada. Me tomó la medida y decidió que, podía conmigo. Los tipos grandes como el entrenador Bobby están seguros de que pueden con casi todos. Yo únicamente lo miré.

—¿Tiene algún problema? —preguntó.

—Son chicos de diez años.

—Sí, claro, chicos. ¿Qué es usted, uno de esos padres mariquitas que creen que todos han de ser iguales en la cancha? Nadie debe sentirse herido, nadie debe ganar o perder... Eh, quizás incluso ni siquiera deberíamos llevar el marcador, ¿no?

El segundo entrenador del Kasselton se acercó. Vestía una camisa a juego que decía «Segundo entrenador Pat».

—¿Bobby? Está a punto de comenzar la segunda parte.

Me acerqué un paso.

—Déjelo en paz.

El entrenador Bobby me dirigió el previsible gesto burlón y respondió:

—¿O qué?

—Es un chico sensible.

—Bu, bu. Si es tan sensible, quizás no debería jugar.

—Y quizás usted no debería entrenar.

El segundo entrenador, Pat, se adelantó. Me miró, y aquella sonrisa cómplice que yo conocía muy bien apareció en su rostro.

—Vaya, vaya, vaya.

—¿Qué? —preguntó Bobby.

—¿Sabes quién es este tipo?

—¿Quién?

—Myron Bolitar.

Casi podías ver como Bobby procesaba el nombre, como si en la frente tuviese una ventana y el hámster que corría en la rueda estuviese cogiendo velocidad. Cuando las sinapsis acabaron su función, su sonrisa casi arrancó las esquinas de la perilla.

—Aquella gran «superestrella» —llegó incluso a marcar las comillas con los dedos— que no pudo entrar con los profesionales. ¿El famoso fracaso de la primera vuelta?

—El mismo —añadió el segundo entrenador.

—Ahora lo pillo.

—Eh, entrenador Bobby —dije.

—¿Qué?

—Deje al chico en paz.

Frunció el entrecejo.

—No querrá meterse conmigo.

—Tiene razón. No quiero. Quiero que deje al chico en paz.

—Ni hablar, amigo. —Sonrió y se me acercó un poco más—. ¿Le causa algún problema eso?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, ¿qué le parece si usted y yo lo discutimos un poco cuando acabe el partido? ¿En privado?

Las chispas comenzaron a encenderse en mis venas.

—¿Me está retando a una pelea?

—Sí. A menos, por supuesto, que sea un gallina. ¿Es un gallina?

—No soy un gallina —respondí.

Algunas veces soy muy bueno en las réplicas cortantes. Intento mantenerme a la par.

—Tengo un partido que dirigir. Pero después usted y yo arreglaremos cuentas. ¿Me sigue?

—Lo sigo.

De nuevo con la réplica instantánea. Voy lanzado.

Bobby apoyó un dedo en mi cara. Pensé en mordérselo; eso siempre capta la atención de cualquiera.

—Es un hombre muerto, Bolitar. ¿Me oye? Un hombre muerto.  
—¿Un hombre tuerto?  
—Un hombre muerto.  
—Oh, claro, porque si fuese tuerto, no le vería muy bien. Ahora que lo pienso, si fuese un muerto, tampoco podría.

Sonó la bocina. Pat dijo:

—Vamos, Bobby.

—Un hombre muerto —repitió él.

Me llevé una mano al ojo, como si fuese tuerto, y grité: ¿Dónde está? Pero ya se había marchado.

Lo observé. Tenía aquel balanceo lento y seguro, los hombros echados hacia atrás, los brazos moviéndose casi demasiado. Iba a gritarle algo estúpido cuando sentí una mano en mi brazo. Me volví. Era Ali, la madre de Jack.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Ali.

Ali tiene unos enormes ojos verdes y una cara bonita y franca que encuentro irresistible. Quería levantarla y besarla, pero algunos dirían que ése no era el mejor lugar.

—Nada —respondí.

—¿Qué tal ha ido la primera parte?

—Perdemos por dos.

—¿Jack marcó?

—No lo creo, no.

Ali observó mi rostro por un momento y vio algo que no le gustó. Me giré y volví a las gradas. Me senté. Ali se sentó a mi lado. Cuando llevaban dos minutos de juego, me preguntó:

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno.

Me removí en la incómoda grada.

—Mentiroso —dijo Ali.

—Solo estoy siguiendo el juego.

—Mentiroso.

La miré, miré su bonito rostro franco, las pecas que no tendrían

que estar allí a su edad pero que la hacían condenadamente adorable, pero también vi algo más.

—Tú también pareces un poco distraída.

No solo hoy, pensé, sino también durante las últimas semanas las cosas no habían ido muy bien entre nosotros. Ali se había mostrado distante y preocupada y no había querido hablar del tema. Yo había estado muy ocupado con el trabajo, así que no había insistido.

Ali mantuvo la mirada en la cancha.

—¿Jack jugó bien?

—Muy bien —respondí. Luego añadí—: ¿A qué hora sale tu vuelo mañana?

—A las tres.

—Te llevaré al aeropuerto.

Erin, la hija de Ali, se matriculaba en la Universidad Estatal de Arizona. Ali, Erin y Jack iban a volar hasta allí para pasar la semana dedicados a instalar a la estudiante.

—No pasa nada. Ya he alquilado un coche.

—Me gustaría llevarte.

—No te preocupes.

Su tono cortó cualquier discusión sobre el tema. Intenté acomodarme y mirar el partido. Mi pulso continuaba acelerado. Pocos minutos más tarde, Ali preguntó:

—¿Por qué continúas mirando al otro entrenador?

—¿Qué entrenador?

—Aquel con el pelo mal teñido y la perilla a lo Robin Hood.

—Busco modelos para acicalarme.

Ella casi sonrió.

—¿Jack jugó mucho en la primera mitad?

—El tiempo habitual.

Acabó el partido; Kasselton ganó por tres. Sus seguidores aplaudieron. El entrenador, un buen tipo a todas luces, había preferido no hacer jugar a Jack en la segunda mitad. Ali estaba un tanto inquieta por eso —el entrenador por lo general procuraba que

todos los chicos jugasen el mismo tiempo—, pero decidió dejarlo correr.

Los equipos se retiraron a los vestuarios para discutir las incidencias del partido con sus entrenadores. Ali y yo esperamos fuera de la puerta del gimnasio, en el pasillo del colegio. No tuve que esperar mucho. Bobby vino hacia mí con el mismo balanceo, aunque ahora sus manos se habían transformado en puños. Lo acompañaban otros tres tíos, incluido Pat, todos grandes, con sobrepeso y ni siquiera la mitad de duros de lo que creían ser. Bobby se detuvo a un metro de mí. Sus tres compañeros se desplegaron con los brazos cruzados sobre el pecho y me miraron.

Por un momento nadie habló. Solo me miraron como si fuesen a comerme.

—¿Ésta es la parte en la que me meo en los pantalones? —pregunté.

Bobby comenzó de nuevo con el dedo.

—¿Conoce el Landmark Bar de Livingston?

—Claro.

—Esta noche a las diez. En el aparcamiento de atrás.

—Se pasa de mi hora de recogida —dije—, y tampoco soy de esa clase de citas. Primero una invitación a cenar, unas flores.

—Si no se presenta —se acercó más con el dedo— buscaré alguna otra manera de obtener satisfacción. ¿Me pillas?

No, pero antes de que pudiera pedirle una aclaración se marchó. Sus compañeros lo siguieron. Me miraron por encima del hombro. Los saludé con la mano como si fuese un bebé. Uno de ellos insistió en la mirada y yo le soplé un beso. Se volvió como si le hubiese dado una bofetada.

Soplar un beso. Mi movimiento favorito para provocar la homofobia.

Me volví hacia Ali, vi su rostro y pensé: «Oh, oh...».

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Pasó algo durante el partido antes de que llegases —respondí.

—¿Qué?  
Se lo dije.  
—¿Te enfrentaste al entrenador?  
—Sí.  
—¿Por qué? —preguntó.  
—¿Qué quieres decir con por qué?  
—Lo has complicado todavía más. Es un bocazas. Los chicos lo entienden.  
—Jack casi lloraba.  
—Entonces yo me ocuparé. No necesito tu rollo de macho.  
—No iba de macho. Quería que dejara de molestar a Jack.  
—No me extraña que Jack no jugase en la segunda mitad. Su entrenador probablemente vio tu estúpido comportamiento y fue lo bastante listo como para no avivar las llamas. ¿Ahora te sientes mejor?  
—Todavía no —dije—, pero después de que le aplaste la cara en el Landmark sí, creo que sí.  
—Ni se te ocurra.  
—Ya lo has oído.  
Ali sacudió la cabeza.  
—No me lo puedo creer. ¿Qué demonios te pasa?  
—Estaba apoyando a Jack.  
—Ése no es tu papel. Aquí no tienes ningún derecho. Tú no eres...  
Se interrumpió.  
—Dilo, Ali.  
Cerró los ojos.  
—Tienes razón. No soy su padre.  
—No era eso lo que iba a decir.  
Lo era, pero lo dejé correr.  
—Puede que no sea mi papel, si es que la cosa iba de eso, solo que no iba de eso. Podría haber ido a por ese tipo incluso si lo hubiese dicho de otro chico.  
—¿Por qué?  
—Porque está mal.

—¿Quién eres tú para reprochárselo?  
—¿Reprochárselo? Puedes hacer las cosas bien o hacerlas mal. Él lo hizo mal.

—Es un estúpido arrogante. Algunas personas son así. Es la vida. Jack lo comprende, o lo comprenderá con la experiencia. Eso es parte del crecimiento; tratar con los estúpidos. ¿Es que no lo ves?

No dije nada.

—Si mi hijo resultó tan herido —prosiguió Ali, furiosa a más no poder—, ¿quién te crees que eres para no decírmelo? Incluso te pregunté de qué estabais hablando en la media parte, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Dijiste que no era nada. ¿En qué estabas pensando, en proteger a la viejecita?

—No, por supuesto que no.

Ali sacudió la cabeza y guardó silencio.

—¿Qué? —pregunté.

—Te he dejado acercarte demasiado a él.

Sentí que mi corazón se hacía añicos.

—Maldita sea —añadió.

Esperé.

—Para ser un tipo maravilloso que por lo general es la mar de perceptivo, a veces puedes ser muy obtuso.

—Vale, quizás no tendría que haber ido a por él. Pero si hubieses estado allí cuando le gritó a Jack que lo hiciese de nuevo, si hubieses visto el rostro de Jack...

—No estoy hablando de eso.

Me detuve; pensé.

—Entonces tienes razón. Soy obtuso.

Mido un metro noventa, Ali es treinta centímetros más baja. Se me acercó y echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—No voy a Arizona para instalar a Erin. Al menos no solo por eso. Mis padres viven allí y sus padres viven allí.

Sabía a quién se refería con «sus»: a su difunto marido, al fantas-

ma que había aprendido a aceptar e incluso, a veces, a abrazar. El fantasma nunca se va. Ni siquiera estoy seguro de si debería, aunque hay momentos en los que desearía que lo hiciese y, por supuesto, pensar eso es una cosa horrible.

—Ellos, me refiero a los abuelos por las dos partes, quieren que nos vayamos a vivir allí. Para tenernos cerca. Tiene sentido cuando lo piensas.

Asentí porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Jack y Erin y, diablos, yo también, lo necesitamos.

—¿Necesitáis qué?

—Una familia. Sus padres necesitan ser parte de la vida de Jack. No pueden soportar el frío allí arriba más tiempo. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo.

Mis palabras sonaron raras incluso a mis oídos, como si las hubiese dicho otro.

—Mis padres han encontrado un lugar que quieren que veamos —dijo Ali—. Está en el mismo edificio que el de ellos.

—Los edificios no están mal —dije, por decir algo—. Los gastos son pocos. Pagas una tasa mensual y ya está.

Ahora fue ella la que no dijo nada.

—Así que para decirlo claro, ¿qué significa eso para nosotros?

—¿Quieres trasladarte a Scottsdale? —preguntó.

Titubeé.

Ella apoyó una mano en mi brazo.

—Mírame.

Lo hice. Entonces dijo algo que nunca vi venir:

—Lo nuestro no es para siempre, Myron. Ambos lo sabemos.

Un grupo de chicos pasó corriendo junto a nosotros. Uno chocó conmigo y se disculpó. Un árbitro tocó el silbato. Sonó una bocina.

—¿Mamá?

Jack, bendito sea su pequeño corazón, apareció por la esquina. Ambos nos volvimos para dedicarle una sonrisa. No nos sonrió. Por lo general, no importa lo mal que haya jugado, Jack viene corriendo



como un cachorro, con muchas sonrisas y levantando las manos. Es parte del encanto del chico. Pero aquel día no.

—Hola, chico —dije, porque no estaba seguro de qué decir. En muchas ocasiones oigo a las personas en situaciones similares decir: «Un buen partido», pero los chicos saben que es una mentira y que los compadeces y eso les hace sentirse peor.

Jack corrió hacia mí, me rodeó la cintura con los brazos, enterró su rostro en mi pecho y comenzó a sollozar. Sentí que otra vez se me partía el corazón. Permanecí allí, con las manos en su nuca. Ali miraba mi rostro. No me gustó lo que vi.

—Un mal día —dije—. Todos lo tenemos. No dejes que eso te afecte, ¿vale? Hiciste todo lo que pudiste, no se puede pedir más. —Entonces añadí algo que el chico nunca comprendería pero que era absolutamente cierto—: La verdad es que estos partidos no tienen ninguna importancia.

Ali puso las manos en los hombros de su hijo. Él me soltó, se volvió hacia ella y ocultó el rostro de nuevo. Permanecimos así durante un minuto, hasta que se calmó. Di una palmada y me obligué a sonreír.

—¿Alguien quiere un helado?

Jack reaccionó de inmediato.

—¡Yo!

—Hoy no —dijo Ali—. Tenemos que hacer las maletas y prepararnos.

Jack frunció el entrecejo.

—Quizás en otro momento.

Esperé que Jack dijese «jooo, mamá», pero quizás él también había percibido algo en su tono. Agachó la cabeza y luego se volvió hacia mí sin decir nada más. Chocamos los nudillos —así era como nos decíamos hola y adiós, el saludo de los nudillos— y Jack fue hacia la puerta.

Ali hizo un gesto con los ojos para que mirase a la derecha. Seguí el gesto hasta el entrenador.

—Ni sueñes pelearte con él.



—Me desafió —respondí.  
—Los grandes hombres se apartan.  
—Quizás en las películas. En los lugares llenos con polvos mágicos, conejos de Pascua y hadas bonitas. Pero en la vida real, el hombre que se aparta es considerado un cobardista de tomo y lomo.  
—Entonces por mí, ¿vale? Por Jack. No vayas a ese bar esta noche. Prométemelo.  
—Dijo que si no iba, buscaría satisfacción o algo así.  
—Es un bocazas. Prométemelo.  
Me obligó a mirarla a los ojos.  
Titubeé pero no mucho tiempo.  
—Vale, no iré.  
Ella se volvió para alejarse. No hubo ningún beso, ni siquiera uno en la mejilla.  
—¿Ali?  
—¿Qué?  
El pasillo de pronto pareció muy vacío.  
—¿Hemos acabado?  
—¿Quieres vivir en Scottsdale?  
—¿Quieres que te responda ahora mismo?  
—No. Pero yo ya sé la respuesta. Tú también.



No estoy muy seguro de cuánto tiempo pasó. Quizás un minuto o dos. Entonces me fui hacia el coche. El cielo estaba gris. La llovizna me mojó. Me detuve por un momento, cerré los ojos y alcé el rostro al cielo. Pensé en Ali. Pensé en Terese en un hotel de lujo de París.

Bajé el rostro, di dos pasos más y fue entonces cuando vi al entrenador Bobby y a sus colegas en un Ford Expedition.

Un suspiro.

Los cuatro estaban allí: el segundo entrenador Pat al volante, el entrenador Bobby en el asiento del copiloto y los otros dos trozos de carne con ojos sentados atrás. Saqué el móvil y apreté la tecla de marcado rápido. Win respondió a la primera.

—Articule —dijo Win.

Es así como responde siempre, incluso cuando ve con toda claridad en el identificador de llamadas que soy yo, y sí, es cabreante.

—Será mejor que des la vuelta.

—Oh —exclamó Win con la voz de un niño feliz en la mañana de Navidad—, bueno, bueno.

—¿Cuánto tardarás?

—Estoy al final de la calle. Sospeché que iba a pasar algo así.

—No le dispaes a nadie.

—Sí, mamá.

Mi coche estaba cerca del final del aparcamiento. El Expedition me siguió a marcha lenta. La lluvia arreció un poco. Me pregunté cuál sería su plan —sin duda algo estúpidamente chulesco— y decidí seguirle el juego.

Apareció el Jaguar de Win y esperó en la distancia. Yo conduzco un Ford Taurus, también conocido como El Gallinero. Win detesta mi coche. No quiere sentarse en él. Saqué las llaves y apreté el mando a distancia. El coche hizo el típico ruido y se abrieron las cerraduras. Entré. Entonces el Expedition se movió. Aceleró y se detuvo detrás mismo del Taurus para impedirme la salida. Bobby fue el primero en saltar del vehículo; se acariciaba la barbilla. Sus dos colegas lo siguieron.

Exhalé un suspiro y miré como se acercaban por el espejo retrovisor.

—¿Puedo hacer algo por usted? —pregunté.

—Oí que su chica le metía la bronca —respondió.

—Espiar las conversaciones es de mala educación, entrenador Bobby.

—Me dije que quizás cambiaría de opinión y no aparecería. Así que pensé que podríamos solucionar esto ahora mismo. Aquí. Bobby acercó su rostro al mío hasta casi tocarlo.

—A menos que sea un gallina.

—¿Ha comido atún?

El Jaguar de Win se detuvo junto al Expedition. Bobby dio un paso atrás y entrecerró los ojos. Win se apeó. Los cuatro hombres lo miraron y fruncieron el entrecejo.

—¿Quién demonios es ése?

Win sonrió y levantó una mano como si lo acabasen de presentar en un programa de entrevistas y quisiese agradecer los aplausos del público presente en el estudio.

—Es un placer estar aquí —dijo—. Muchas gracias a todos.

—Es un amigo —expliqué—. Está aquí para nivelar las probabilidades.

—¿Él? —Bobby rió. El coro lo imitó—. Oh sí, claro.

Salí del coche. Win se acercó un poco más a los tres colegas.

—Le romperé el culo —anunció Bobby.

Me encogí de hombros.



—Le deseo suerte.

—Por aquí hay mucha gente. Hay un claro en el bosque detrás de aquel campo —dijo, y señaló el camino—. Nadie nos molestará allí.

—¿Tendría la bondad de decirme cómo conoce la existencia de ese claro? —preguntó Win.

—Yo fui aquí al instituto. Allí le rompí el culo a mucha gente. —Sacó pecho mientras añadía—: También fui el capitán del equipo de fútbol.

—Qué guay —dijo Win con un tono monótono—. ¿Puedo llevar su cazadora del equipo en el baile de graduación?

Bobby señaló con un dedo gordo en la dirección de Win.

—Tendrá que usarla para quitarse la sangre si no se calla.

Win intentó con todas sus fuerzas no mostrarse demasiado risueño.

Pensé en mi promesa a Ali.

—Somos dos adultos —dije. Me parecía estar escupiendo vidrio molido con cada palabra—. Tendríamos que ser capaces de evitar llegar a las manos, ¿no le parece?

Miré a Win. Win fruncía el entrecejo.

—¿De verdad ha utilizado la expresión «llegar a las manos»?

Bobby apareció en mi espacio personal.

—¿Es un gallina?

Otra vez con la gallina.

Pero soy un gran hombre y los grandes hombres se van. Sí, claro.

—Sí —respondí—. Soy un gallina. ¿Contento?

—¿Lo habéis escuchado, muchachos? Es un gallina.

Hice una mueca pero me mantuve firme. O débil, todo depende de cómo se mire. Sí, el gran hombre. Ése era yo.

Creo que nunca había visto a Win tan desolado.

—¿Le importaría mover ahora el coche para que me pueda marchar? —pregunté.

—Vale —respondió Bobby—, pero se lo avisé.





—¿Me avisó de qué?

Estaba de nuevo en mi espacio personal.

—No quiere pelear, vale. Pero entonces queda abierta la temporada de caza de su chico.

Sentí latir la sangre en mis oídos.

—¿De qué habla?

—El chico espástico que lanzó a la canasta equivocada será el objetivo durante el resto de la temporada. Si tenemos la oportunidad de que falle, la aprovecharemos. Si vemos una oportunidad para meternos en su mente, la usaremos.

No estoy seguro de si me quedé boquiabierto. Miré hacia Win para asegurarme de que había escuchado bien. Win ya no parecía tan desolado. Se frotaba las manos.

Me volví hacia el entrenador.

—¿Habla en serio?

—Como la vida misma.

Repasé mi promesa a Ali buscando un agujero. Después de la lesión que acabó con mi carrera en el baloncesto necesité probarle al mundo que me sentía bien. Así que estudié abogacía en Harvard. Myron Bolitar, el estudiante-atleta, el educado e impecable abogado. Me había licenciado en derecho. Eso significaba que podía encontrar agujeros.

En realidad, ¿qué había prometido hacer? Pensé en las palabras exactas de Ali: «Esta noche no vayas al bar. Prométemelo».

Bueno, eso no era un bar, ¿verdad? Era una zona boscosa detrás de un instituto. Claro, podía estar desafiando la intención de la ley, pero no la letra. Aquí lo importante era la letra.

—Pues vamos allá —dije.

Los seis caminamos hacia el bosque. Win prácticamente daba saltos. A unos veinte metros entre los árboles había un claro. El suelo estaba cubierto de colillas y latas de cerveza. El instituto. Nunca cambia.

Bobby ocupó su lugar en el centro del claro. Levantó el brazo derecho y me hizo un gesto para que me acercase. Lo hice.



—Caballeros —llamó Win—, permítanme un momento de su tiempo antes de que ellos comiencen.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Win estaba con el segundo entrenador y los otros dos matones cerca de un árbol.

—Creo que sería una negligencia por mi parte —continuó Win— no ofrecerles este importante consejo.

—¿De qué coño está hablando? —preguntó Bobby.

—No hablo con usted. Este consejo es para sus tres amiguitos. —La mirada de Win recorrió sus rostros—. Quizás se sientan tentados en algún momento de intervenir para ayudar al entrenador Bobby. Ése sería un grave error. El primero que dé aunque solo sea un paso en su dirección acabará hospitalizado. Observen que no he dicho detenido, herido, o siquiera dañado. Hospitalizado.

Todos se limitaron a mirarlo.

—Éste es el final de mi consejo. —Se volvió hacia mí y el entrenador—. Ahora volvamos al asunto que nos ha traído hasta aquí y sigamos con la riña anunciada.

Bobby me miró.

—¿Este tipo es de verdad?

Pero yo ya estaba metido de lleno en el asunto y eso no era bueno. La furia me consumía. Y eso es un error cuando peleas. Hay que calmar un poco las cosas, evitar que el pulso se dispare, conseguir que la descarga de adrenalina no te paralice.

Bobby me miró y por primera vez vi la duda en sus ojos. Pero en ese momento recordé cómo se había reído, cómo había señalado la canasta equivocada, y lo que había dicho:

«¡Eh, chico, hazlo de nuevo!».

Respiré hondo.

Bobby levantó los puños como un boxeador. Yo hice lo propio, aunque mi pose era mucho menos rígida. Mantuve las rodillas flexionadas, salté un poco. Bobby era un tipo muy grande y el matón local y acostumbrado a intimidar a sus oponentes. Pero estaba fuera de su liga.



Unos rápidos apuntes sobre la pelea. Uno, la regla principal: nunca sabes de verdad cómo irá. Cualquiera puede soltar un puñetazo afortunado. Confiarse demasiado es siempre un error. Pero la verdad era que el entrenador no tenía ninguna posibilidad. No digo eso por falsa modestia o por ser repetitivo. A pesar de que los padres en aquellas gradas querían creer en sus entrenadores y sus ligas de tercer grado, superagresivas, los atletas generalmente se gestan en el útero. De acuerdo, necesitas el ansia, el entrenamiento y la práctica, pero la diferencia, la gran diferencia, es la capacidad natural.

La naturaleza siempre estará por encima de la preparación.

Yo había sido dotado de unos reflejos rapidísimos y una perfecta coordinación mano-ojo. No fanfarroneo. Es como el color del pelo, la estatura o el oído. Es así. Y aquí ni siquiera hablo de los años de entrenamiento para mejorar mi cuerpo y aprender a pelear. Aunque también es eso.

Bobby hizo lo más previsible. Se acercó y lanzó un golpe abierto. Un golpe abierto carece totalmente de efectividad contra un luchador veterano. Aprendes pronto que cuando pelears en serio, la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Pegas unos golpes estupendos cuando lo sabes.

Me moví un poco a la derecha. No mucho. Lo suficiente para desviar el golpe con la mano izquierda y mantenerme lo bastante cerca para responder. Me metí dentro de la defensa abierta de Bobby. El tiempo se había ralentizado. Podía golpear entre varios objetivos blandos.

Escogí la garganta.

Doblé el brazo derecho y golpeé con el antebrazo en la nuez del cuello.

Bobby soltó un cacareo. La pelea se había acabado en ese instante. Lo sabía, o al menos tendría que haberlo sabido. Tendría que haberme retirado y dejarlo caer jadeando al suelo.

Pero aquella voz burlona seguía sonando en mi cabeza...

«Eh, chico, hazlo de nuevo... El resto de la temporada será un



objetivo... Si tenemos una oportunidad para confundirlo, la aprovecharemos... ¡Gallina!»

Tendría que haberlo dejado caer. Tendría que haberle preguntado si ya tenía suficiente y darlo por acabado. Pero en aquel momento se había desbordado la furia. No podía contenerla. Doblé el brazo izquierdo y comencé a girar con todas mis fuerzas en el sentido contrario a las agujas del reloj. Pensaba golpearlo de lleno en el rostro con el codo.

Mientras giraba comprendí que sería un golpe tremendo. La clase de golpe que hunde los huesos de un rostro. La clase de golpe que requiere cirugía y meses de calmantes.

En el último instante recuperé algo de sentido común. No me detuve, pero me contuve un poco. En lugar de pegarle de lleno, mi codo cruzó la nariz de Bobby. Brotó la sangre. Se escuchó un sonido como si alguien hubiese pisado una rama seca.

Bobby se desplomó con todo el peso.

—¡Bobby!

Era el segundo entrenador. Me volví hacia él, levanté las manos con las palmas hacia fuera y grité:

—¡No!

Pero fue demasiado tarde. Pat dio un paso adelante, con el puño en alto.

El cuerpo de Win apenas se movió. Solo la pierna. Descargó un puntapié en la rodilla izquierda de Pat. La articulación se dobló de lado, de una manera en la que nunca debía doblarse. Pat soltó un alarido y cayó al suelo como si le hubiesen disparado.

Win sonrió y arqueó la ceja hacia los otros dos hombres.

—¿El siguiente?

Ninguno de los dos se atrevió siquiera a respirar.

Mi furia se disipó en el acto. Bobby estaba ahora de rodillas, sujetándose la nariz como si fuese un animal herido. Lo miré. Me sorprendió mucho ver como un hombre derrotado se parece a un chiquillo.



—Deje que lo ayude.

La sangre manaba de la nariz a través de los dedos.

—¡Apártese de mí!

—Necesita presionarse la herida. Detener la hemorragia.

—¡Apártese de mí!

Estaba a punto de decir algo en mi defensa cuando sentí una mano en el hombro. Era Win. Sacudió la cabeza como si quisiese decirme: «No sirve de nada». Tenía razón.

Salimos del bosque sin decir palabra.

Cuando llegué a casa una hora más tarde había dos mensajes de voz. Ambos eran breves y concisos. El primero me sorprendió. Las malas noticias viajan rápido en los pueblos.

«No puedo creer que rompieras tu promesa», dijo Ali.

Pues ya estaba.

Exhalé un suspiro. La violencia no resuelve nada. Win tuerce el gesto cuando lo digo, pero la verdad es que cada vez que recurría a la violencia, que solía ser algo bastante frecuente, nunca acababa allí. La violencia se transmite y reverbera. Resuena y su eco nunca parece acallarse.

El segundo mensaje era de Terese:

«Por favor, ven».

Cualquier intento de ocultar la desesperación había desaparecido.

Dos minutos más tarde vibró mi móvil. El identificador de llamadas me dijo que era Win.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Cuál es?

—El segundo entrenador va a necesitar cirugía ortopédica.

—¿Qué pasa con él?

—Es un oficial de policía de Kasselton. Un capitán, para ser precisos, aunque no le pediré llevar su cazadora del equipo en el baile de graduación.

—Vaya.

—Al parecer están pensando en hacer arrestos.



—Ellos comenzaron.

—Oh, sí —dijo Win—, y estoy seguro de que todos en el pueblo aceptarán nuestra palabra frente a la de un capitán de la policía local y tres residentes de toda la vida.

Tenía toda la razón.

—Pero se me ocurre —prosiguió— que podríamos disfrutar de unas semanas en Tailandia mientras mi abogado resuelve este asunto.

—No es mala idea.

—Me han hablado de un nuevo club para caballeros de Bangkok, en la calle Patpong. Podríamos iniciar allí nuestro viaje.

—No lo creo —dije.

—Qué puritano. En cualquier caso, tendrías que desaparecer por un tiempo.

—Ése es mi plan.

Colgamos. Llamé a Air France.

—¿Queda algún billete para el vuelo de esta noche a París?

—¿Su nombre, señor?

—Myron Bolitar.

—Ya tiene usted billete. ¿Desea ventanilla o pasillo?